

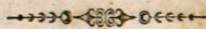
litar de la Habana para que revoque una prohibicion que á cuantos tienen noticia de ella les parece arbitraria.

No sabemos cuál será la resolucion del capitan general de la provincia cubana vistos los deseos de los altos personajes á que aludimos.

Nos alegraríamos de que no viese ya en nuestras novelas esas *armas de que se valdrian los malos españoles para trabajar por la anexion de Cuba á los Estados Unidos*; y de que sin riesgo de parecer malos patricios, pudiésemos subsanar en parte nuestras pérdidas, circulando y vendiendo unas obras precisamente inspiradas por nuestro patriotismo y nuestro amor á la humanidad entera.

Los generales Concha, tanto don Manuel, como don José, por inmensa que sea la distancia que media entre sus opiniones políticas y las nuestras, nos merecen el alto concepto de caballeros pundonorosos, leales, y amantes de la justicia y de la prosperidad de su pais. No puede ser sospechosa esta espontánea declaracion que hacemos en el momento en que somos víctimas de una medida que conceptuamos arbitraria; mas por lo mismo que tenemos concebida favorable idea de la rectitud de aquellos señores, esperamos aun que será en breve revocada la prohibicion de nuestros humildes escritos en la Habana.

Si así no sucede, protestamos desde ahora contra quien haya lugar, y nos reservamos el derecho de reclamacion que concede la ley á todo el que se ve arbitrariamente perjudicado en sus intereses, adquiridos á fuerza de afanes y desvelos en el ejercicio de una profesion honrada.



X.

EL PORVENIR.

Radiosa de eterna luz
la democracia en sus leyes,
vió al mismo Rey de los reyes
morir por ella en la cruz.

¿Y qué diremos á los que vituperan las tendencias democráticas de nuestro libro?

Es tan bella la democracia, que hasta los que la impugnan, si son personas ilustradas, se ven obligados á ponderar la santidad de sus dogmas, y solamente la rechazan por que en su concepto no está el pueblo español en disposicion de recibirla; como si lo bueno no fuera bueno en todos tiempos.

No hemos olvidado aun el discurso, que á fines de noviembre de 1855, pronunció en la Asamblea don Salustiano Olózaga, uno de los mas notables que se han oido en las Córtes desde que rige en

España el sistema representativo, discurso capaz de convencer por sí solo al mayor enemigo de la república, que únicamente de este gobierno popular surgir puede la salvacion y prosperidad del país.

Mas ¡ay! que en medio de los incontrovertibles axiomas pronunciados por el elocuente orador, verdades sublimes que constituyen la mas bella oracion apologética de la democracia, el mas entusiasta himno entonado en loor de la igualdad de todos los ciudadanos y en pró de esa brillante juventud tan criminalmente olvidada por los prohombres del progreso, dejó deslizar de sus lábios ciertas frases, que si bien á primera vista parecieron razonables por la habilidad con que fueron proferidas, estaban desnudas de sana lógica, y en completa disonancia con sus mismas aseveraciones.

A esta mezcla de encontrados argumentos, quieren dar los *soi-disant* diplomáticos la calificación de *habilidad parlamentaria*; pero nosotros que jamás hemos abogado por la vetusta escuela de la ficción, si quier merezca de sus adeptos el título de *parlamentarismo*, creemos que es indigno de todo talento privilegiado el incurrir en las graves contradicciones de que adoleció el famoso discurso del señor Olózaga.

Después de haber rendido cumplido homenaje de respeto y adhesión á los principios democráticos, después de haber dicho que todos los españoles sin distincion de clases ni categorías pueden aspirar á todos los cargos públicos, segun su mérito y capacidad, después de haber probado con incontestables y sólidos argumentos que la capacidad y la inteligencia no son patrimonio esclusivo de ninguna clase, sino que las reparte Dios como semilla divina que asemeja el hombre á su Criador, y que las reparte entre la muchedumbre de los que pueblan las naciones, muriendo desconocidos, muriendo sin cultivo, porque la sociedad, porque las costumbres,

porque las leyes oponen trabas al desarrollo de esas capacidades; después de proclamar que es deber de la Asamblea dar á las clases desvalidas lo que han perdido; después de haber hecho la apología de la igualdad que es el dogma fundamental de la democracia, y haber prorumpido en esta sentida exclamacion: «¡Dichoso país el que llegue á ser gobernado de esta manera! ¡Dichoso país el que sepa premiar y cultivar tantas capacidades perdidas en la miseria y en la oscuridad!» Después de todo esto, repetimos, se asombra el señor Olózaga de que muchos señores diputados, á quienes califica de *muy respetables por sus antecedentes*, quisieran combatir esencialmente la forma de gobierno.

«¿Cómo pudieron creer esos señores — dijo el orador — que fuese posible establecer en España un sistema puramente democrático? ¿Dónde estaban los antecedentes en la opinion? ¿Dónde estaban los hombres que habian de guiar al pueblo español, sin agravio de los que de buena fé profesaban estas doctrinas? ¿Quién era el designado para gefe de ese nuevo órden de cosas? ¿Pudo creerse seriamente que España queria romper con lo pasado y divorciarse de la monarquía?»

Segun este párrafo literalmente estraido del notable discurso de nuestro digno embajador en Francia, y segun todas las tendencias, toda la filosofía, todo el espíritu de la célebre peroracion, la democracia es el gran sistema de gobierno, el mas justo y recomendable; pero no puede aun establecerse en España, en el concepto del señor Olózaga, porque no hay capacidades que le dirijan, ni prosélitos que le acepten, ni merece las simpatías del pueblo.

¡Lamentable error el de la segunda parte! El pueblo quiere un gobierno barato, y ninguno puede serlo como el que reduce á la menor espresion el número de empleados

públicos, ningún gobierno puede ser tan económico, como el que suprime las contribuciones de impuestos de inmoral origen, que no necesita el inmenso ejército que consume los productos del país y arrebató la juventud del seno de las familias, robándola también á la industria, á la agricultura, á las artes, á las ciencias y al comercio.

El pueblo quiere un gobierno justo, y ninguno mas justo que el que está basado en esa igualdad, en esa *semilla divina* que, segun la feliz expresion del señor Olózaga, *asemeja el hombre al Criador*.

¿Y cómo el señor Olózaga con su privilegiado talento se atreve á decir que el pueblo rechaza tan beneficioso sistema y que no hallaría capacidades á propósito para dirigirle, para marchar á su frente?

Pues qué! el mismo señor Olózaga, tan imbuido en las sanas doctrinas democráticas, sería capaz de negarles su apoyo en el caso de que triunfáran en España?

Estamos seguros de que no sucedería así, y que además de las ilustraciones ya experimentadas é intachables en su conducta, que de buena fé abrazarian el nuevo orden de cosas, rotas las trabas, esas trabas que, como ha confesado el señor Olózaga, son hijas de rancias costumbres y de viciosas leyes, y que las preocupaciones de las viejas escuelas oponen al desarrollo de las inteligencias, surgirían altas capacidades de las virtuosas masas del pueblo, de las cuales no se acuerdan los desacreditados sistemas sino para vejarlas, para oprimirlas y arrebató el fruto de sus afanes y sudores que se consume en las atenciones de insoportables presupuestos.

Nosotros preguntaremos en cambio al señor Olózaga: ¿y cree de buena fé que con la manutencion de un ejército crecido á la par que organizado con ostensible lujo, con una córte que reclama crecidos millones, y con esa falanje inmensa de empleados, indispen-

sables columnas en que se apoya el edificio de la monarquía, cree, repetimos, que puedan obtenerse las economías que el pueblo reclama?

Imposible, de todo punto imposible.

Preciso es conocer que sienta muy mal en los viejos partidos, en los hombres gastados por sus desaciertos, dirigirnos la insolente pregunta de ¿dónde están las capacidades que alberga en su seno el partido de la democracia?

Conceded al pueblo el sufragio universal, y estamos seguros que él las hallará; porque el pueblo no es egoísta como los santones del progreso, y tenderá su mano á esa juventud democrática llena de entusiasmo, llena de fé, inmaculada en sus aspiraciones, pura en sus pensamientos, avanzada en sus ideas regeneradoras, y vigorosa en su lozanía.

Es fuerte empeño el vuestro, hombres de las añejas doctrinas, el de proclamaros ÚNICOS para el gobierno del país.

Decís los moderados, con toda la candidez de la presuncion: «nosotros somos los hombres de la suprema inteligencia, y fuera de nuestra escuela no cabe la posibilidad de gobernar al país.»

Y vosotros, santones del progreso, esclamais á vuestra vez: «dejadnos en el poder, porque al paso que á nuestras espaldas están los polacos con todas sus iniquidades, tenemos en frente á los demagogos con todos los horrores de la anarquía. Nosotros somos la única tabla de salvacion que en medio de la tormenta puede conducir la nave del Estado á puerto de seguridad.»

¡Qué obcecacion! ¡Qué locura! Chochees de la vejez.

Los moderados decís á los santones del progreso: «sois inútiles para el gobierno, porque vuestra debilidad conduce á la licencia, al desenfreno, á la anarquía.»

Los progresistas contestais á los moderados: «vuestras doctrinas conducen á la exasperacion del pueblo, á la desunion del ejército, á la ruina del pais, al escándalo, á la inmoralidad, á los crímenes, á la revolucion, y por último, á vuestras estrepitosas caidas.»

En resúmen, los dos partidos alegais vuestras razones para convencer cada cual á vuestro contrario que es de todo punto inútil para consolidar en España un gobierno sólido que afiance el orden público y prepare un glorioso y próspero porvenir. Solo en este punto os concedemos la razon á entrambos partidos, porque ni uno ni otro sois capaces de labrar la dicha de la nacion.

Hará en breve medio siglo que os disputais el poder y le ejercéis á intervalos cometiendo cada vez mayores torpezas, cuando no escandalosas iniquidades y crímenes atroces que agravan de dia en dia los males de esta nacion infortunada.

¿Quereis saber lo que sois? Escuchad.

Sois la triste imágen de una vieja, carcomida y desquiciada noria, cuyos rotos arcaduces, al impulso del magro jumento que marcha á ciegas, emblema de vuestro orgullo, suben y bajan gruñendo, y vierten el agua por todas sus grietas y roturas, hasta formar un asqueroso lodazal, en vez del manantial cristalino que riegue y fecundice el árbol de la prosperidad pública.

¿No se han ensayado ya repetidas veces todas vuestras teorías y siempre en daño del pais? ¿Qué hombres han descollado en vuestras filas que hayan logrado hacer la felicidad de España? ¿Qué grandes políticos militan en ellas capaces de levantar esta magnánima nacion al grado de prosperidad y de cultura que le corresponde? Bueno es que erijais monumentos á los hombres honrados que desde vuestros bandos han descendido puros á la tumba, porque la

moralidad es en efecto una virtud sorprendente y rara entre los que profesan vuestros principios doctrinarios; pero citad una sola inteligencia de entre vuestras decantadas capacidades que no haya incurrido en gravísimos absurdos.

Gastadas ya completamente, desacreditadas las ilustraciones del bando moderado y del santonismo progresista, ven con amargura que á medida que su decantada habilidad diplomática se desprestigia, sube de punto el riesgo de que pase el poder á manos de los progresistas avanzados, de las cuales irá por fin á parar en las de los hombres de la democracia.

¿Y cómo han de resignarse á esta humillacion, los que avezados á vivir holgadamente del presupuesto, conservan aun bastante osadía para proclamarse los únicos capaces de gobernar el pais, á quien escandalizan con sus desaciertos y dejugan con sus exacciones?

Antes que abandonar la mina, en cuya esplotacion se ha cebado su insaciable codicia, á la manera que una vez cebado el tigre en su presa sufre las saetas del cazador y le amenaza y ruge y se agita primero que soltarla, muéstrase igualmente iracundo el santonismo contra los que tratan de arrebatarle el gobierno.

Y como los verdaderos progresistas desapruaban la conducta de esos ridículos alumnos de Maquiavelo que no hallan hombres aptos para el poder mas que en el reducido círculo de sus afecciones, que se compone de viejas notabilidades que han sido silbadas tantas veces como se han presentado en la escena política, no le queda mas recurso que apelar á la farsa, á la creacion de un nuevo partido que apoye su dominacion.

Esta idea, tan extravagante como la de la antigua fusion del hombre funesto, ha sido acogida con júbilo por algunos cadáveres del cementerio de los moderados, que se lisonjean de hallar en

ella el maravilloso bálsamo de la resurreccion.

Este y no otro es el origen del *tercer partido*, que como obra de los que tienen ya un pié en la sepultura y de los que están completamente enterrados, nace también cadáver.

El tercer partido ha muerto sin recibir las aguas purificadoras del bautismo; el Limbo será su eterna morada.

No podía suceder otra cosa.

¿Puede idearse proyecto mas original y risible que ese nuevo engendro político de los hombres gastados, al cual trataban de bautizar con el nombre de *union liberal*?

¿Cuáles habian de ser sus doctrinas?

Las de todos los partidos, supuesto que se admitia en sus filas á los hombres de todos ellos.

Es decir, que se trataba de formar una numerosa hueste de apóstatas, alistando bajo la flamante insignia de la *union liberal* á todos los descontentos de los demás partidos.

El pensamiento es magnífico, y sobre todo muy digno de los hombres de la moralidad.

Nosotros comprendemos la *union moralizadora*, cuando esta union es sincera, hija de la abnegacion, del convencimiento, de la buena fé, del deseo unánime de marchar por una sola senda; pero la union de partidos encontrados, es la union de los elementos devastadores que agitan todo linage de borrascas.

Es la union del rayo que lleva el incendio á las poblaciones, con el diluvio que las inunda.

Por fortuna hasta ahora no han militado en el tercer partido mas que sus desatentados autores.

¿Pero cuál es el nombre de ese partido?

¿A qué categoría pertenece?

¿Es absolutista?

No, porque si tal fuera, no enarbolaria la bandera de la union liberal.

¿Es demócrata?

No, porque trata de que sobre todos los elementos de gobierno prevalezca la dictadura militar, y el primer elemento de gobierno para la democracia es el amor de los pueblos.

No, porque para hacer respetar la autoridad militar, apela á la ominosa *contribucion de sangre*, y la democracia aboliria las quintas.

No, porque se amilana ante la estension de los derechos electorales, y la democracia los estenderia hasta el sufragio universal.

No, porque trata de explotar el presupuesto, y la democracia le reduciria de muchos millones en ventaja de los pueblos.

No, porque se estremece de la libertad de imprenta, y la democracia la protegeria.

El tercer partido, en resumen, quiere indulgencia para los magnates, y severidad contra los pobres, viviria de onerosos impuestos, de inmorales contribuciones, del jugo de los empleos; y la democracia estableceria la igualdad ante la ley, aboliria la pena capital, y aliviaria á los contribuyentes de cuantas exacciones injustas disminuyen el fruto de su trabajo.

¿Es progresista?

No, porque si tal fuese, en vez de contemporizar con rancias preocupaciones, trataria de adelantar en la senda de las reformas, y lucharia con denuedo para que la soberanía nacional quedara sólidamente establecida y fuera respetada como autoridad suprema.

No, porque la prensa progresista rechaza este tercer partido con indignacion.

¡Alerta, liberales!

Esa *union liberal* es una farsa.

Ese tercer partido no es mas que el PARTIDO MODERADO, que para ocultar su deformidad, se ha cubierto ya el rostro muchas veces con fascinadoras mascarillas.

Llamáronse primero *moderados*, y de su moderacion surgieron los estados de sitio, las prisiones ilegales, las deportaciones arbitrarias y los fusilamientos en masa.

Se proclamaron los hombres de *paz, orden y justicia*, y todos los estragos de la guerra asolaban á la nacion durante su mando, y el desórden mas inicuo reinaba en las regiones del poder, y el instinto de venganza habia usurpado los derechos de la justicia.

Se titularon *monárquico-constitucionales*, y llevaron el mortífero plomo al régio palacio.

Ahora se avergüenzan de sus iniquidades, y no pudiendo aparecer en la escena de donde han sido arrojados por la indignacion pública que estalló en julio de 1854, se presentan otra vez de máscara, cubriendo su feo rostro con la careta de la *union liberal*.

No lo dudeis, son los moderados con un nuevo antifaz, los mismos moderados de siempre, con los mismos deseos de medrar sobre las ruinas de la patria.

¡Y vosotros, santones del progreso, que abandonais vuestras banderas para aumentar las filas de los enemigos del pueblo, ellos y vosotros os atreveis á preguntar dónde están las capacidades de la democracia!

¡Y vosotros y ellos que en todas épocas habeis sido nulos é inmorales, vosotros y ellos que no habeis sabido labrar la ventura del pais, y que mil veces le habeis escandalizado, no solo con vuestra impotencia, sino hasta con vuestros desafueros, teneis la avi-

lantez de insultar á un partido virgen que levanta la frente sin mancilla, orlada con la aureola de la misma divinidad!

¡Hombres de las viejas preocupaciones! postraos de rodillas ante la solemne aparicion de la democracia, porque la democracia es el mismo Dios.

Diez y ocho siglos y medio hanse deslizado desde que la idea democrática recibió un bautismo de púrpura divina.

El primer demócrata que sufrió el martirio por haber arrojado la verdad á la frente de los déspotas, fué Jesucristo, á quien todos acatan como el único soberano del cielo y de la tierra, á pesar de ser hijo de un artesano; y siendo la democracia emanacion de la misma Divinidad, en vano se agitan los tiranos por esterminarla.

Podrán iracundos ahogar al hombre que ose proclamarla en medio de las mercenarias huestes de esclavos que custodian á los ídolos de fanáticas preocupaciones; pero no ahogarán el dogma de la igualdad, semilla de inmensos bienes, fructificada con el riego de sangre del Divino Redentor su primer apóstol; porque este dogma sacrosanto, imperecedero como toda idea sublime, es el aura vivificadora que se estiende por el espacio y derrama sobre las inteligencias el rocío de la verdad.

Los verdugos coronados han levantado y levantarán patibulos para esterminar en ellos á los denodados apóstoles de la democracia.

Aumentarán el catálogo de los mártires asesinando á la inocencia; pero LA IDEA vivirá siempre invulnerable, y cada sacrificio acrecerá su radiante esplendor, hasta que iluminando al orbe entero con los divinos rayos de su elocuencia, se atraerá las generales simpatías, cautivará los corazones de todos los pueblos, que de hinojos ante las evangélicas doctrinas, tenderán sus brazos á la de-

mocracia, viendo en ella el sol de la libertad que ha de dar alma y vida y paz y bienandanza al universo; el astro radioso que ha de ahuyentar los privilegios, y la indigencia, y el hambre, y la esclavitud, y las guerras, y otras calamidades sin cuento, que á guisa de negras sombras surgen de la tiranía de los reyes.

¡Oh! no lo dudeis, la sangre del Salvador que bañó el árbol de la libertad en sus hondas raíces, le ha nutrido de sávia milagrosa que le impele á estender sus frondosas ramas hasta cubrir el universo entero.

Cobijada á la sazón por ellas, la humanidad habrá reconquistado á su deleitable sombra la paz y la ventura de que despojáran al PUEBLO sus inicuos OPRESORES.

MADRID 10 DE MARZO DE 1856.

FIN.

Serfelo Davalos

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

	Páginas.
CAPÍTULO I. El regicida Merino.	3
= II. Ferro-carriles.	30
= III. La pena del Talion.	54
= IV. La espiacion.	74
= V. La belleza del alma. Parte primera.	81
= VI. La belleza del alma. Parte segunda.	94
= VII. El secreto.	114
= VIII. El murciélago y los polacos.	123
= IX. ¡Qué ministros!	129
= X. El banquero.	139
= XI. La buena noticia.	149
= XII. Odio al gobierno criminal.	157
= XIII. La revelacion.	166
= XIV. El arrepentimiento.	177
= XV. Amor sin esperanza.	182
= XVI. Indignacion general.	190
= XVII. Moralidad y pobreza.	204
= XVIII. Opulencia y prostitucion.	219
= XIX. Los moderados pintados por sí mismos.	226
= XX. Victor el cazador.	251
= XXI. Los celos desvanecidos.	260
= XXII. Lucha de honor y amor.	270
= XXIII. La víctima de su honra.	274
= XXIV. Campo de Guardias.	284
= XXV. Los polacos en la agonía.	298
= XXVI. Batalla de Vicálvaro.	304
= XXVII. Todos vencedores.	315
= XXVIII. La lanza de Longinos.	325
= XXIX. Vindicacion del pueblo de Madrid.	340
= XXX. María en Madrid.	358
= XXXI. Programa de Manzanares.	370
= XXXII. Caída del ministerio polaco.	382
= XXXIII. Venganza popular.	395
= XXXIV. El ministerio metralla.	407